

La diosa del Destino

Hay un cuento genial de Korolenko que habla de la diosa Necesidad o diosa del Destino. En él –creo recordar–, un hombre certifica poco a poco que se van cumpliendo los designios marcados por la diosa, hasta que, finalmente, descubre que en realidad ésta actúa sobre seguro, porque únicamente predice el pasado. Cuando decimos “ése era tu destino”, o “estaba escrito”, o “ha ocurrido porque tenía que ocurrir”, no estamos sino haciendo bueno el comportamiento de la diosa, esto es, dándole al futuro la razón cuando ya ha ocurrido. Según el borgiano mito de *El jardín de los senderos que se bifurcan*, el hombre teje su destino eligiendo caminos que conducen no a un lugar, sino a otra bifurcación de caminos y así sucesivamente. Un hombre se salva porque pierde un avión que tiene un accidente, una mujer conoce al hombre de su vida porque entró en un café en lugar de entrar en otro, una joven es asesinada porque en aquel momento de aquel día decidió pasar por donde decidió pasar su asesino. Si la diosa del Destino actúa sobre el pasado y el futuro es un jardín de senderos que se bifurcan indefinidamente, el hombre tiene no todas, pero sí infinitas posibilidades ante sí, de manera que el futuro sólo depende de él y del azar (es el yo y sus circunstancias). Conociendo al individuo se puede predecir mucho de su futuro, pero no todo, porque nadie conoce los mecanismos de la suerte.

Así que no es imposible que alguien con una poca sensibilidad adivine grosso modo el futuro de otro mirándolo a los ojos, pues los ojos son las ventanas del alma y en el alma de cada persona se depositan los materiales de lo que ella misma está dispuesta a hacer con su vida. Ahora hay una legión de pitonisos y pitonisas en los canales cutres de televisión, en las líneas telefónicas de pago y en las revistas de cotilleo. Si proliferan, será porque hay demanda. Me da a mí que en ese afán por el conocimiento del futuro hay también mucho de fracaso presente y mucho de abandono de la voluntad: no suelen ser los vencedores los que apelan a los dioses o los que consultan a los augures, sino los que ven próxima la derrota. Quien cree a ciegas en la fatalidad está llamando a voces a la fatalidad. Quien entrega su futuro al Destino, entrega su futuro a otros. A poco listas que sean las pitonisas, adivinarán el futuro de sus clientes, porque quienes acuden a sus consultas son incapaces de reaccionar ante sus circunstancias, de manera que su futuro será casi irremediamente como su pasado, y porque las predicciones son tan

imprecisas que en ellas cabe cualquier acontecimiento, lo que será aprovechado por el crédulo cliente para darle la razón a la predicción y, con ella, al Destino.

Leo en la prensa que la Audiencia de Barcelona ha condenado a dos años de cárcel a una mujer por darle una paliza a una vidente que falló en sus predicciones. Según la sentencia, la acusada, que había pagado 400.000 pesetas a la pitonisa, vivía una situación dramática, “consecuencia de una no acreditada crisis matrimonial y de un supuestamente malogrado embarazo”. En situaciones parecidas a ésta, no es difícil adivinar que lo que el cliente quiere no es que le predigan el futuro, sino que le den una salida menos dramática a su presente. Al fin y al cabo, predecir lo que el otro quiere oír es la mejor forma de acertar.

Juan Bosco Castilla